

Comentario de “Desde París. Correspondencia de Carlos Díaz Dufoo. Exotismos parisienses. Los cabarets de Montmartre”

La siguiente crónica apareció publicada en *El Mundo Ilustrado*. En 1900 se llevó a cabo la Exposición Universal de París y Carlos Díaz Dufoo, que en ese entonces colaboraba en el diario *El Imparcial*, viajó a la Ciudad Luz como corresponsal, para brindar a los lectores un panorama detallado de la Exposición, lo que dio como resultado una serie de artículos publicados en este diario y también en *El Mundo Ilustrado*, propiedad ambos de Rafael Reyes Spíndola. En este último Díaz Dufoo publicó 10 crónicas sobre el tema, entre el 22 de abril de 1900 y el 17 de febrero de 1901.

Sus crónicas –además de dar cuenta detallada de lo que ocurrió en la Exposición y sobre todo con la participación del pabellón de México– ofrecen un panorama general de la vida en París. A Díaz Dufoo le interesaba dar a conocer a los lectores los lugares más emblemáticos de esa ciudad, pero también descubrir sitios poco frecuentados por los turistas. Al respecto publica la crónica “Exotismos parisienses. Los cabarets de Montmartre” (22 de abril de 1900), donde da cuenta de las excentricidades de los parisinos, una de las cuales era el espectáculo del cabaret: a ellos se debía la invención de este género, muy de moda y popular a finales del siglo XIX, que no tiene relación con el concepto que se tenía en México sobre esos lugares.

A tales espectáculos asistía todo tipo de público: “gente de trueno”, como él les llamaba, pero también acudían burgueses e incluso gente de buena familia. En el texto narra que para llegar a los cabarets debían dirigirse al barrio de Montmartre, el cual desde entonces ofrecía espectáculos nocturnos y gozaba de mala fama, ya existía el “Moulin Rouge”. Algunos de los cabarets famosos de la época eran “Boite a Fursy” (“La Casa de Fursy”), “La Nada”, el “Cielo” y el “Infierno”, lugares compuestos por diversas salas donde se ofrecían experiencias “muy de fin de siglo” a los visitantes.

En la crónica, don Carlos nos narra su experiencia en el cabaret “La Nada”:

Una pequeña puerta, en la que vigila un portero fúnebre, correctamente vestido de negro, conduce a la primera sala del establecimiento, un subterráneo, decorado con esqueletos, ataúdes y avisos burlescos; en el centro arde un gran candil formado de una calavera y varias tibias humanas. En vez de mesas, ataúd, sillas de paja y taburetes. Un cuadro de humorismos lúgubre.

La experiencia que se ofrecía, en términos generales, era que el espectador visitante viviera de cerca la muerte y tuviera una reflexión al respecto. Por otro lado, los guías de esta

experiencia eran bohemios, que el autor define como “bohemos productivos” a diferencia de los mexicanos, quienes para él representaban una “bohemia” considerada “una marca del alcoholismo, de la pereza y de la orgía”.

Díaz Dufoo expresa su punto de vista sobre estos espectáculos que –a pesar de lo novedoso, porque no existían en la Ciudad de México– le parecían lugares excéntricos producto del hastío de fin de siglo, y muy decadentes.